

EDITORIAL

Ignacio Cristóbal Merino Lanzilotti

LA PRIMERA PIEZA DEL TLANCUALEJO

Flato de Apizca

VIÑETAS

Enrique Mariño

EDITORIAL

¿Cómo escribir la apología de México? ¿Cantar a sus volcanes? ¿Describir la transparencia de sus cielos? ¿Alabar el amable modo de ser de sus habitantes? ¿Exaltar sus derrotas históricas, y a los héroes que las sufrieron? ¿Describir la belleza de la raza? ¿Y cómo ser honesto —premisa de los poetas— después de tan evidentes falsedades? ¿Reírse? ¿Llorar?... ¿Buscar?...

Eso es "La primera pieza del tlancualejo"; una fuente abierta a la búsqueda del ser nacional. Es una fuente sin afluentes aparentes; pero de ella surge un manantial de hallazgos. Y lo que pasa es que, puestos los mitos en crisis por la ironía, ridiculizado lo sublime, pisoteado lo noble, desdeñado lo inteligente, descarado lo tradicional y puesta la vida local misma en el basurero natural de sus contextos históricos y sociales, descubrimos, de pronto, que en medio de la mediocridad que pretendíamos exaltar sin ningún éxito, hay destellos, señales, luces que marcan un sendero. Un sendero no muy fácil, por cierto, pero que florece en contenidos místicos en la medida en que lo recorreremos; esto es, en ilusiones, en magia y belleza. Así, pues, entre la irracionalidad se encienden signos que a la mente se antojan con sentido trascendental; entre la corrupción brillan gestos de libertad auténtica. ¡Oh, divina inconsciencia! Entonces, los mitos nos conquistan de nuevo; y no precisamente por su carácter apolíneo.

Lo amorfo, lo inocuo, lo vacuo, etcétera, nos golpetean, disolviendo cualquier simbología. Pero la necesidad humana de creer está instintivamente poderosa, como el poder de la nada, que resulta necesario reencontrar los mitos, para sobrevivir, o para dejarse seguir muriendo. Es lo mismo. Pero, al menos, con meter uno su cuchara en el asunto, parece dar su aprobación voluntaria a los hechos ineludibles, encontrando así la justificación democrática al destino de un pueblo.

La verdad es que el panorama no está como para entusiasmarse, cuando de escribir la epopeya nacional se trata. Pero entre las lágrimas surge el impulso de elevarse y volar muy alto. Celebrar la derrota, no con baile y cochino y muchos pulques, sino en los altares de los dioses enemigos, con la mirada puesta en las estrellas, con la esperanza de nuevas revelaciones para el hombre.

El vencido sigue cantando sus cantos, bailando sus bailes, viviendo sus vidas. Los vencedores siguen pasando, como una caravana interminable de hambrientos, con grandes

intestinos pragmáticos. El vencido olvida sus mitos y sus símbolos, o lo que es peor los descubre ya de plástico al servicio de necesidades, o los substituye por otros más comerciales. Después de todo, también la cultura es un trueque. Sólo sobrevive el sentimentalismo. ¿Acaso de este sentimentalismo emanarán las más bellas flores del “nuevo humanismo” que muchos seguimos esperando?

El maestro Ignacio Cristóbal Merino Lanzilotti a cargo del Suplemento recibirá las colaboraciones los martes y jueves de 6 a 7 hrs. en el Cubículo de la Carrera de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras.